

Cante á Neptuno, que en mi afán me acuda.  
 Gracia le pida, que en mi bien me anime,  
 Llegue Neptuno, bienhechor. Lo traigan  
 recios tritones.

Llegue, me acuda, sobre el mar sereno.  
 Concha radiante, como barca y trono,  
 bien le sostenga, y en su diestra vibre  
 magno Tridente.

Miren mis ojos su figura grave.  
 Logren mis ansias el favor soñado.  
 Ven, oh Neptuno, y en mis ansias vivas  
 goce con verte.

Plácida mar ante mis pies se rinde.  
 Playa serena me sostiene agora.  
 Lánguida virgen á mis ojos alza  
 lánguidos ojos...

Mira, cuán bella, la lozana virgen.  
 Blanco su rostro, cual de nieve, luce.  
 Pura su frente despejada. Fino,  
 blanco, su cuello.

Claros y azules mirarás sus ojos,  
 tímidos ojos que el amor alumbra.  
 Son más celestes que las ondas mismas,  
 ondas celestes.

Mira su talle. La gentil palmera  
 no más gentil, en venturosos huertos,  
 —huertos de Arabia,—bajo el sol, su amado  
 crece flexible.

Mírala. Pronto. Con afán suspira.  
 Quiere que al són de las marinas aguas,  
 aguas sumisas á tu voz, la evoque  
 clásicos tiempos.



Dila bellezas del Olimpo alegre.  
 Píntala goces del feliz Olimpo.  
 Surjan, á miles, sobre el mar, nereidas  
 leves y blancas.

—

Cuéntanos fastos de la Grecia joven,  
 fastos ilustres de la Roma invicta;  
 canten las aguas lisonjeras odas;  
 Eros lo mande.

—

Clásicas odas que el Amor inspire.  
 ¡ Tanto el Amor á su poder la humilla!  
 Suenen amantes sus palabras. Suenen,  
 suenen á besos...

—

¡ Nunca tan dulce tu favor otorgues!  
 ¡ Bien lo merece mi lozana virgen!  
 ¿ Dudas? No dudes... Sus encantos puedan  
 más que tus dudas.

—

¡ Cuadros risueños, ante el Sol Latino;  
 cuadros que ofusquen, por su luz, evoca.  
 Míralos, diosa de mi amor. Neptuno  
 ya nos atiende.

—

¡ Ya nos conoce! Malicioso, ríe.  
 ¡ Gracias, oh Dios de los marinos Reinos!  
 Ya la feliz evocación comienza...  
 ¡ Goza, mi amada!

—

Brazos amantes á mis brazos une.  
 Flores salpiquen tus dorados rizos.  
 Flores que llenan, con amor, tu falda;  
 falda florida.

—

¿ Ves? Ya en los aires la Visión columbro.  
 ¿ Sientes un canto para ti que arrulla?  
 Cantan las ondas... ¡ Para ti! ¡ Repiten  
 versos de Ovidio!



## LOS BUQUES FANTASMAS

Estos que veis, fortísimos "veleros";  
naves que esperan, sobre el mar paradas  
en tanto que los aires  
no desplieguen sus alas,  
con que todas sus velas  
se estremezcan y estiren, desplegadas;  
estos que veis, magníficos "veleros",  
de cinco palos, sobre el mar en calma;  
prisioneros de brumas insistentes,  
misteriosas, opacas,  
cuando el viento retorne  
de nuevo marcharán, en loca marcha:  
¡ con cuánta vela al viento!  
¡ desgarrando las aguas!...

Ora, la bruma los envuelve y ciega;  
los aprisiona sin cesar... Y aguardan.

Y á través de la bruma, se aparecen  
como buques fantasmas...  
Dormita el mar... El viento, fatigado,  
reposa, duerme, calla...

¡ Cuán profundo silencio!  
¡ Cuán medroso! ¡ Cuán grave!  
Más profundo parece,  
más triste, por instantes...  
Más cada vez la bruma  
va borrando las formas de las naves.  
¡ Qué paz en tanta niebla!  
¡ Qué paz en tantas ondas,  
bajo los quietos, sigilosos aires!  
De improvisó, resuenan  
misteriosas, distantes,  
cual si allá resonaran, en el fondo  
de las brumas tenaces,  
músicas gratas, que el encanto dicen  
y el amor de los mares.  
¡ Oh cuán gratas, las músicas marinas!  
¡ Las difunden los ángeles?

A través de la niebla,  
rasgando leves los dormidos aires,



sus gratas notas vibran  
 con sonos celestiales.  
 Una mágica orquesta los regala,  
 para bien de los buques prisioneros,  
 para bien de sus pobres tripulantes...  
 Una mágica orquesta, dirigida  
 por un mágico Dios: Ricardo Wagner.

### AL AMOR DEL PUERTO

En el muelle de Cádiz  
 hay muchas *tiendas*.  
 Tierra adentro, dirían  
 muchas *tabernas*.  
 Fuertes y serios,  
 beben allí, descansan,  
 los marineros.

Marineros, marineros,  
 de buques bien diferentes,  
 de naciones bien distintas,  
 de muchos diversos temples.  
 Españoles, bien hallados  
 en "tiendas de montañeses",  
 porque están como en su casa,  
 despreocupados y alegres.  
 Noruegos, de azules ojos;  
 rusos, alemanes, "fuertes  
 como castillos"; flamencos,  
 coloradotes; ingleses  
 y franceses, rozagantes,  
 hablando con fuerza siempre.  
 Todos con el tipo recio,  
 tan hermoso, de la gente



del mar; admirable tipo  
que el mar, por bueno, conserve.

Todos con caras curtidas,  
con bizarro continente,  
con ojos que vieron mucho,  
con almas que nunca temen.

De puertos remotos, varios,  
los extranjeros proceden;  
de tierras que los reciben  
con cariño cuando vuelven;  
donde viven "sus cariños",  
los más raigados y fieles.

En tierras, hoy, bien distantes  
de las tierras que prefieren,  
tristezas vagas inspiran,  
nostalgias profundas sienten.

Para olvidarlas, sonríen.  
Para disiparlas, beben.  
Para matarlas, se juntan  
en las tabernas del muelle.

¿Qué será, Dios, de sus madres?  
¿Qué, de sus pobres mujeres?  
¿Qué, de sus hijos? Por ellas  
y por ellos no se inquieten.

Fumen, con sus largas pipas;  
beban sin descanso, jueguen;  
con que sus penas concluyan,  
y sus afanes se templen.

Con voz de pájaro joven,  
lo va cantando un grumete,  
muy jovial, en tanto sube,  
desde un bote muy celeste,  
por una escala de piedra,  
vestida de yerba verde:

"Marinero, marinero,  
no te acuerdes tú de *ná*.  
Si no las tiras al aire,  
tira las penas al mar."

Tiene razón el muchacho.  
Dice verdad el mocete.  
No sufran mozos tan buenos.  
No gimán hombres tan fuertes.  
¡ Con salud y tiempo claro,  
disfruten y vivan siempre!  
¡ Fumen, pues! ¡ El humo al aire!  
¡ Charlen, y beban, y jueguen!  
¡ Beban bien! Licores *bravos*,  
de los que alegran y *encienden*.



¡ Al mar, las penas ! ¡ Que sirvan  
de alimentos á los peces !

Hoy gocen aquí. Mañana  
por otros puertos alegres.  
En los tristes,—bajo brumas,  
negras, tenaces, perennes,—  
con sus gozos, ellos mismos  
luces y gozos les presten.

¡ Al mar, al mar, marineros !  
¡ Al mar, al mar complaciente ;  
que brinda tantos caminos,  
que tantos puertos ofrece,  
que da tan seguras dichas,  
que guarda tan ricos bienes !  
Ya lo dice la mozueta  
que pasa con paso breve :

“ ¡ Marineros, marineros,  
marineros de la mar !  
Todos son aves de paso.  
Ya nos buscan. ¡ Ya se van !... ”

.....  
.....

Huele á mar, á frescas algas.  
La tarde, tan dulce, muere.

Por los espacios, tan puros,  
sus luces se desvanecen.

Ya se van los marineros  
por las escalas del muelle...  
Pronto partirán, acaso.  
¡ Dios, con fortuna, los lleve !

BIBLIOTECA NACIONAL DE LA ARGENTINA



## LA BALADA DE LA ABUELA

A RAFAEL CALLEJA

La abuela decía la triste balada.  
La nieta,  
poniendo en los aires la quieta  
mirada,  
la triste canción recogía.  
La mar, á lo lejos; la mar encrespada,  
rugía.  
La abuela decía:

—  
“Junto á la mar  
vedla llegar.  
Junto á la mar, de roca en roca,  
vedla pasar...  
Vaga al azar la pobre loca...  
¡Pobre Pilar!  
Fué—Dios lo quiso—linda flor.  
Otra mejor

nunca miraron mar y cielo.  
Feliz amor  
dióle su bien, su dulce anhelo...  
¡Ay de su bien! ¡Ay de la flor!  
¡Ay de su amor!”

—  
La abuela decía, cuán bien, la balada.  
La moza, la nieta,  
poniendo en los aires la inquieta  
mirada,  
con leves suspiros gemía.  
La tarde, á lo lejos; la tarde doliente,  
moría.  
Su luz, en Poniente,  
lanzaba los rayos postreros del Día.  
La abuela decía:

—  
“Tuvo un amor.  
Su muerto bien, su paz evoca,  
mientras, con trágico dolor,  
corriendo va, de roca en roca.  
Tuvo un amor,  
¡cuán bienhechor!



¡ Amor de flor !  
 Era su amado,  
 fuerte y osado,  
 gran marinero.  
 Su barca fué *La linda Elena*,  
 por dócil, buena.  
 ¡ Cómo surcó la mar serena !  
 ¡ Cómo rasgó la mar bravía !  
 ¡ Mas ¡ ay ! que al fin la odió la mar !  
 ¡ La mar sombría !  
 ¡ Pobre Pilar !  
 ¡ Cuál la acechó funesto día !”

—

“Salió á la mar  
*La linda Elena*.  
 Con claro Sol, con buen andar,  
 con mar serena.  
 Borrasca vil después rugió...  
 La barca, al cabo, zozobró...  
 ¡ Pobre Pilar !  
 ¡ Allá, en el mar  
 su bien quedó !  
 ¡ Allá en el mar, tanto contento !  
 ¡ Por obra fué de tanto viento !

¡ Por obra fué de tanta mar !  
 ¡ Pobre Pilar !”

—

“Triste aguardó,  
 día por día...  
 ¡ Mas, ay, que no  
 su bien volvía !  
 ¡ Nunca volvió ! ¡ Cuán vil la mar,  
 si llega á odiar !  
 ¡ Cuánto es, entonces, su poder,  
 pobre mujer,  
 pobre Pilar,  
 que al fin llegaste á enloquecer !”

—

La abuela seguía, con voz ya cansada,  
 diciendo la triste balada.  
 La moza, la nieta,  
 con triste mirada,  
 que el miedo tornó más inquieta,  
 con cuánta emoción atendía.  
 La mar, encrespada,  
 rugía y rugía ;  
 ¡ por cuantas rompientes rasgada !



Ya Venus, la Estrella  
gentil, de la Tarde,—¡cuán bella!,—  
con luz refulgente,  
que allá, por Poniente,  
vertía,  
besaba, clemente,  
la frente,  
que ya declinaba, del Día...  
La historia, por fin, acababa;  
que al fin todo acaba.  
La abuela decía:

—  
“Junto á la mar  
vuelve la loca.  
¡Volvió mil tardes!... ¡Cuál vagar  
el suyo fué, de roca en roca!  
¡Vedla pasar!  
¡Al cielo invoca!  
¡Ved su dolor!  
¡Loca se ve, de tanto amor!  
¡De tanto amar!  
¡Pálida muere! ¡Pobre flor!  
¡Pobre Pilar!”

“¡Ora,—lo sueña,—vuelve al fin!  
Aquel pequeño bergantín  
quizás lo trae.  
Llega hasta el mar... El mar la atrae...  
“¡Voy á tu encuentro!”  
grita por fin... Y al fin se lanza,  
mar adentro...  
¡Y el mar, entonces, la envolvió!  
¡Del hondo mar,  
ella, tampoco, retornó!...  
¡Pobre Pilar!”

—  
La triste leyenda por fin acababa.  
La mar, incansable, rugía,  
la costa batiendo tan brava.  
“¡Con esto, la historia se acaba!”  
la abuela decía,  
con voz como voz de agonía.

La abuela gemía...  
La moza lloraba...  
La tarde moría...